

INSPECTORIA « SAN JOSE »

URUGUAY

Montevideo, Mayo de 1968.

Hermanos:

Esto no es una carta mortuoria, pues pasó con mucho el tiempo de hacerla, pero no podía ser que en la Inspectoría no tuviésemos, en la forma de tal, una "conmemoración", una "memoria en común" de nuestro querido

P. Juan Pena

† el 28 de marzo de 1965.

Nació en el Sauce (Canelones) el 20 de junio de 1888, y sin duda en atención a esa fecha se le pusieron los nombres de Juan Silverio; nombre, este último, "que traía", según la costumbre de nuestros mayores. El cristianísimo hogar de don Antonio Pena y doña Isabel Batista dio a la Congregación tres sacerdotes: el Padre Juan, el Padre Pedro (fallecido siendo cura Párroco de María Auxiliadora) y el Padre José, fervoroso misionero en el Río Madeira, del Brasil, actualmente en Paysandú; y dio también a Dios tres religiosas. Bendijo pues con mucha largueza el Señor a esos óptimos padres.

Juan comenzó recién a los once años la escuela, y aún tuvo que interrumpirla. Siendo ya un mocetón de diez y siete años, llegó como aspirante al Manga, su primer colegio salesiano: se había ocupado en "trabajos agrícolas", dice su ficha salesiana, pero "habiendo observado siempre una conducta ejemplar y frecuentado los Santos Sacramentos y otros actos de Piedad", como declara lisa y francamente su párroco don Antonio Milia al darle el certificado pertinente: dos trazos solos pero que pintan entera y claramente al joven aspirante.

Cumplido el aspirantado bajo la dirección del Padre Guillermo Piani, inició el Noviciado en el mismo colegio del Manga y lo culminó con sus votos religiosos en la querida y clásica fecha del 2 de febrero de 1909.

Hecha la Filosofía, y el primer año de práctica en los Talleres de Don Bosco, oyó que el Padre Reyneri, Inspector de Perú y Bolivia necesitaba urgentemente personal: se ofreció voluntario y allá pasó el resto de su trienio. Es conveniente que pensemos que Perú se encontraba en aquel tiempo bastante más lejos del Uruguay que lo que hoy se encuentra... Ciertamente era mucho más "lejos" que ir a Europa, y con menos atractivos. Pero allá fue voluntario el generoso joven.

Vuelto a su patria a continuar sus estudios teológicos, cumplió el curso en el Manga: y entre el 14 de febrero de 1915 y el 2 de febrero de 1918, recibió las órdenes. Vale la pena copiar la observación que puso el Consejo de la Casa del Manga (y la letra es del Padre Ricardo Pittini) al aceptarlo para el Diaconado: "E un giovane di molte speranze". No se equivocaron los señores Consejeros en ese juicio.

Llegado a su meta sacerdotal se entregó totalmente al trabajo salesiano. Para sintetizar su vida lo haríamos con estas palabras: Vida de entrega total al trabajo salesiano.

Fue destinado a lo que parecía ser su vocación específica. Comenzó con la Escuela Agrícola del Manga donde fue por once años en diferentes períodos Catequista, Prefecto y Director y en la de Ipacará (Paraguay) donde fue catequista en el año 1926; pero fue además doce años, en dos etapas, Director en el Colegio de la Divina Providencia, en la Teja, donde llevó adelante la construcción del Colegio: Director, maestro incansable, amigo de sus muchachos y "limosnero oficial" para las obras del mismo, apenas terminaba sus horas de clase.

Y fue Director un año en Juan Lacaze y cinco años en Sayago y uno en San Pedro; y cuatro Director y Párroco en Minas de Corrales y Prefecto en San Miguel y "encargado" en Maroñas...

Pero sintetizando todo estos diríamos que el Padre Juan Pena fue siempre y en todas partes el mismo: el sacerdote salesiano que ha sentido siempre y hasta el fondo como un llamado de Dios específico y que debía ponerlo en práctica en todos los instantes de su vida y ejercitando las más dispares tareas.

En su petición para entrar al Noviciado que todavía firmó como Juan S. Pena, debajo de la firma escribió textualmente: "V. el V. D. Bosco". Y no era entonces Juan Pena, un adolescente que escribía aquello como fruto de un entusiasmo de tal: tenía veinte años y sabía perfectamente lo que escribía: fue profeta, porque

podíamos decir que hizo vivir a su Padre, porque lo amó con las obras.

Poco importaba el trabajo que se le ordenase: el trabajo era para entregarlo a Don Bosco y Don Bosco era el que lo pedía. Y eso todo el mundo lo sabía: sus alumnos y los cooperadores con los cuales se relacionaba, sabían perfectamente que no movía a aquel sacerdote otro ideal: llevar a Dios las almas como las había llevado Don Bosco. Poco importaba si era arando (porque era de los que enseñaban a hacer, haciendo) o confesando, o dirigiendo o planteando necesidades a quien podía socorrerlas.

Y por eso mismo costaba negarle lo que pedía. Antes bien, no había más remedio que hacer lo que haría él, o sea, sacar fuerzas de flaqueza; rectificar la intención y marchar adelante con decisión en el nombre del Señor.

Y aún habría que añadir una cosa: tuvo en sus manos intereses importantísimos de la Congregación; algunos también que nadie sospechaba; enfrentó los asuntos con verdadera prudencia y presencia de Dios, y llevó las cosas a puerto.

El llamado de Dios al premio eterno, lo tomó en la casa de Maroñas (Domingo Savio) adonde había sido destinado, para que fuese confesor, pero al mismo tiempo, ejercitase ese ministerio en varias comunidades, tanto de religiosos como de religiosas.

El expresó, sin embargo, que iba a esa casa "para morir"; había tenido en efecto un infarto, en su estada en el Colegio San Miguel, pero repuesto, seguía firme en la brecha.

¿Sabía él o sospechaba algo más concreto? Lo cierto es que sus visitas habían tomado un verdadero y claro carácter de despedida.

El 24, en nuestra amable mesa de mediodía, se estaba debatiendo un punto que el Padre Pena juzgándolo de salesianidad, defendió con verdadero calor. De pronto sintió una puntada e intenso dolor de pecho. Se le atendió, pero el médico ordenó internación inmediata. Llegó al Hospital Italiano; se le dieron allí los Santos Sacramentos y rezó el Santo Rosario; pero ante una imposibilidad respiratoria, hubo que practicarle traqueotomía. Casi enseguida, perdió el conocimiento entrando en coma que duró casi tres días.

De allí pasó a la casa del Padre.

Cantidad enorme de exalumnos, amigos y bienhechores nos acompañó en el velatorio y en la Misa, en la cual el Padre Fernando Fagalde dijo con un resumen de su vida de salesiano entregado a su vocación la oración fúnebre.

Un exalumno, el Doctor Cagnoni y el Rdo. Padre Inspector don Miguel De Paolis despidieron sus restos en el Cementerio de

La Teja. Pero ciertamente, la memoria del buen Padre Pena, el salesiano constante y humilde, firme en su vocación, entregado a ella, será bendecida por muchos años en la Inspectoría.

Tengamos de él un recuerdo en nuestras oraciones y pidamos al Dueño de la mies que mande a la Congregación salesianos de esa talla.

Vuestro afectísimo hermano:

P. José Gottardi
Inspector